

# EL CUERVO Y YO

---

**Yatzil Gómez Alegría\***

**Ilustraciones de Roberto Mandeur Cortés**

---

**RESUMEN**

“El cuervo y yo” es el relato de un breve viaje onírico en que una niña y un ave se buscan, se encuentran, se siguen y persiguen como en un juego de escondidillas que termina como la noche: en un abrir y cerrar de ojos.

**ABSTRACT**

“Blackbird and I” is the story of a brief oneiric trip in which a girl and a bird look for each other, find each other, follow and chase each other as if in a game of hide-and-seek that ends like the night, in the blink of an eye.

---

**PALABRAS CLAVE**

Sueño, cuervo, árbol, ventana, graznido, noche.

**KEY WORDS**

Dream, blackbird, tree, window, cawing, night.

---

\* Traductora inglés/español/inglés, correctora de estilo y escritora *free-lance*.



noche soñé con un cuervo. Yo iba caminando tras él porque lo había oído graznar mientras me mecía en uno de esos columpios hechos de una tabla agarrada con cuerda a un árbol, ¿ya sabes de cuáles? De los chaparritos con los que no puedes llegar muy alto y que son mis favoritos porque así no siento que de pronto me puede tragar una nube, como en los otros columpios de cadena que suben y suben y me llevan tan arriba que a veces parece que ya nada me detiene a la tierra.



Entonces me columpio: para atrás el cuerpo, hacia adelante las piernas; para atrás las piernas, hacia adelante el cuerpo; rápido, más rápido; ¡arriba, más arriba! Y cierro los ojos para sentir que vuelo como con un paracaídas que no se cierra nunca. Luego, a la una, a las dos y a las tres, voy a brincar y en eso... ¡Craaaa! ¡Craaaa! Un graznido sale de la nada y retumba justo sobre mí, fuerte, tan fuerte que casi puedo verlo.

Después estaba parada bajo un árbol, uno de esos árboles enormes que nunca se quedan sin hojas, ¿ya sabes de cuáles? De esos que aunque sus hojas se ponen rojas, rojas en otoño, no se les caen en invierno. Y yo, justo debajo de las hojas, que en mi sueño caían como cascada de agua de jamaica, trataba de atraparlas y me estiraba a la izquierda, y me estiraba a la derecha, y daba vueltas como un perrito que trata de morderse la cola porque veo esa hoja grande y brillante y sé que tengo que



agarrarla porque sí, porque el árbol la ha mandado sólo para mí, para mi buena suerte.

Cuando la hoja está tan cerca que casi puedo tocarla extendiendo grande, grande la mano para que no se me vaya. Y ya la siento aterrizar sobre mi palma que se cierra para no dejarla ir, pero algo como un pico se me clava y entonces abro la mano y de nuevo... ¡Craaaa! ¡Craaaa! El graznido fuerte, tan fuerte que casi puedo verlo como una sombra pequeñita haciéndome cosquillas entre los dedos que bailotean y pierden la hoja que cae, cae y se va con la cosquilla que baja a mi ombligo y de allí a mi pierna y de allí a mis pies donde por fin lo encontré, al cuervo.

Era uno de esos cuervos negros, tan negros que parecen noche; grandes, tan grandes que parecen cielo, ¿ya sabes de cuáles? De esos de los que hay muchos por aquí. Y daba brincos, brinquito y ¡craa! por ahí, ¡craa! por allá, graznaba y graznaba, y yo sentía que volteaba a verme y me llamaba.

Así que me puse a seguirlo despacito para no asustarlo, y caminamos y caminamos, yo detrás de él y él volteando a verme como para asegurarse de que no me hubiera ido para otro lado; de que no me hubiera quedado o perdido o desaparecido como a veces desaparece uno en los sueños, y ya no hay nada que hacerle porque entonces el sueño se acabó.

Y así como las plumas de su cola, me fui detrás de él, siguiéndolo paso a pasito, brinco a brinquito por entre ramas que luego fueron hojas, que luego fueron nubes, que poco a poco se extendieron a mis pies volviéndose suelo de algodón, vereda de noche enfilada hacia una casa pequeña en la distancia.

Un camino de piedritas apeñuscadas y brillantes, como palanqueta de nuez, nos llevó hasta una puerta verde con el número 42, el número de la casa en la que vivo en ese conjunto residencial sumergido como la Atlántida en un mar de árboles, tan parecido al jardín del columpio donde inició mi sueño. Pero aquí no hay casa 40 ni casa 44, no hay reja de enfrente ni auto ni cochera ni nada más que noche, una casa en medio de la noche.

El cuervo brinca y de un solo salto llega y se posa sobre el alféizar exterior de la única ventana por la que me asomo al interior de la casa, a una habitación como mi habitación, con una cama como mi cama, en la que duerme una niña como yo. Miro al cuervo que asiente con la cabeza como diciendo, sí, esa eres tú y...

¡Craaaa! ¡Craaaa! Un graznido fuerte, tan fuerte que casi puedo verlo, me despierta asustada; me siento en la cama de un brinco, escucho un picoteo en la ventana desde la que me mira un cuervo que grazna y me ve y grazna que grazna, y vuela.

